blemente fundido, acordándome que, antes de mi salida de Alemania, ya se había encendido la disputa acerca de la naturaleza volcánica del basalto. Lo mismo hice en diferentes sitios, á fin de tener muchas variedades.

Mas si los mismos naturales no fuesen amigos de su país, y no se tomasen el trabajo, en provecho propio ó por amor á la ciencia, de recoger y reunir cuanto hay notable en su localidad, el viajero se molestaría largo tiempo en vano. En Nápoles, los comerciantes de lava me prestaron muchos servicios; aquí me los prestó, en sentido mucho más elevado, el caballero Gioeni. En su rica colección, dispuesta con mucha elegancia, vi lavas del Etna, basaltos de los encontrados á su pie, con sus transformaciones más ó menos visibles, enseñado todo de la manera más amistosa. Admiré en particular las zeolitas extraídas de las escarpadas rocas que están en la mar, debajo de Yaci.

Preguntándole al caballero de qué medios podría uno valerse para subir al Etna, no quiso ni oir hablar de una tentativa de ir á la cumbre, especialmente en esta época del año.

—En general—dijo después de haber pedido perdón por su atrevimiento,—los extranjeros que vienen aquí, ven la cosa como lo más fácil del mundo. Nosotros, los vecinos de la montaña, nos contentamos si un par de veces en nuestra vida, aprovechando las circunstancias más favorables, podemos llegar á la cima. *Baydone*, el primero que con sus descripciones avivó la afición á

este volcán, no subió siquiera á él. El conde Bosch deja al lector en la incertidumbre, y tampoco pasó de cierta altura. Y lo mismo podría decir de muchos. En el momento, la nieve se extiende demasiado y presenta obstáculos insuperables. Si quieren ustedes seguir mi consejo, mañana temprano subirán á caballo al monte Rosso; desde aquella altura gozarán magnífica vista y podrán observar, al mismo tiempo, la lava antigua, que brotó de allí en 1669, corriendo desgraciadamente hacia la ciudad. La vista es soberbia y distinta; el resto, vale más que se lo cuenten á uno.

Catania, viernes, 4 de Mayo.

Siguiendo el buen consejo, nos pusimos hoy de madrugada en camino. Montados en nuestras mulas y mirando de continuo hacia atrás, llegamos á la región donde todavía el tiempo no ha dominado las lavas. Encontramos masas endurecidas, dentadas ó mesas, entre las cuales los animales se procuraban paso conforme podían. Detuvímonos en la primera altura considerable. Kniep dibujó, con mucha precisión, lo que estaba en la montaña delante de nosotros; en primer término, las masas de lava; el doble pico del monte Rosso á la izquierda; exactamente enfrente, sobre nosotros, los bosques de Nicolossi, de los cuales salía el nevado pico, algo fumante. Nos acercamos más al monte Rosso, y yo

subí. Compónese en totalidad de escombros volcánicos rojos, cenizas y piedras amontonadas. Con facilidad hubiera podido andar alrededor de la boca si un fuerte viento del Este no hiciese los pasos inseguros. Si quería andar algunos, tenía que dejar la capa; á cada momento estaba el sombrero en peligro de caer al crater, y yo detrás. De consiguiente, me senté á fin de reponerme y ver el paisaje. Tampoco me valió tal postura. El huracán venía precisamente del Este, por cima del magnífico país que se extendía á mis pies, cerca y lejos, hasta el mar. Veía delante la vasta playa que se desarrolla entre Messina y Siracusa con sus recodos y ensenadas, ya por entero descubiertas, ya algo ocultas por las rocas de la orilla. Luego de bajar, aturdido, ví que Kniep empleara muy bien su tiempo mirando y fijando, mediante líneas delicadas, en el papel, cuanto el brusco huracán me permitiera ver apenas, para cuanto más conservar en la memoria.

Vueltos de nuevo á la boca del león, encontramos al que se daba por criado, al cual, con mucho trabajo, habíamos impedido seguirnos. Alabó que no hubiésemos subido á la cima; mas propuso, con mucho interés, para el día siguiente, un paseo por mar á las rocas de Yaci; era la partida de recreo más hermosa que se podía hacer en Catania. Se llevaban las provisiones y los chismes necesarios para hacer algo caliente; la mujer ofreció encargarse de este negocio; recordaba con alegría la expedición de ingleses que se habían hecho seguir de una barca con música, espectáculo delicioso, superior

á todo. Estas peñas de Yaci me atraían muchísimo; tenía gran deseo de sacar de ellas tan hermosas zeolitas como viera en casa del caballero Gioeni. Podía arreglarse la cosa desechando la compañía de la mujer. Pero el espíritu avisador del inglés pudo más; renunciamos á las zeolitas; no nos parece pequeña nuestra moderación.

Catania, sábado, 5 de Mayo de 1787.

Nuestro acompañante eclesiástico no se cansó. Llevónos á ver restos de arquitectura antigua, para los cuales el observador necesita poseer gran talento de restaurador. Enseñan restos de depósitos de agua de una *Naumaquia* y otras ruinas del mismo género, pero que á causa de las muchas destrucciones de la ciudad, que motivaron las lavas, los terremotos y las guerras, están cubiertas ó hundidas, hasta el punto que no ofrecen gusto ni enseñanza, sino al conocedor peritísimo en arquitectura antigua.

El Pater nos dispensó de otra visita á casa del Príncipe, y nos separamos con expresiones de gratitud y amistad por ambas partes.

Taormina, domingo, 6 de Mayo.

Gracias á Dios porque cuanto vimos hoy está suficientemente descripto; pero más aún porque Kniep se ha propuesto dibujar, allá arriba, mañana, todo el día.

Después de subir la muralla de rocas que se alza no lejos de la mar, se encuentran dos cumbres unidas por un semicírculo. Cualquiera que fuese su forma natural, el Arte la ha ayudado, formando un Anfiteatro para los espectadores. Murallas y otras construcciones de ladrillo añadieron las salas y corredores necesarios. Al pie del escalonado semicírculo construyeron el escenario que cierra los dos peñascos, y concluye la obra más enorme de la Naturaleza y del Arte.

Sentándose donde en otro tiempo los espectadores más altos, preciso es confesar que nunca público alguno vió en ningún teatro semejantes objetos delante de sí. A la derecha, sobre altas rocas, se elevan castros; más abajo está la ciudad, y aunque estas construcciones son modernas, para los antiguos existían otras en igual sitio. Después, la mirada recorre todas las crestas de la larga cadena del Etna; á la izquierda, la orilla del mar hasta Catania, y aun hasta Siracusa. Luego cierra la enorme montaña fumante el amplísimo cuadro, pero no de modo aterrador; que la atmósfera atenuadora la hace parecer más lejana y más suave de lo que es.

Si desde este espectáculo se vuelve uno á mirar por los corredores que dispusieron á la espalda del espectador, se ve á la izquierda toda la muralla de rocas, y entre ésta y la mar, serpenteando, el camino de Messina. Grupos y masas de rocas en la mar misma. La costa de Calabria, allá muy lejos, apenas se distingue de las nubes que suavemente se levantan encima.

Bajamos al teatro y nos detuvimos en aquellas ruinas, donde un hábil arquitecto debería tratar de probar su talento de restauración, á lo menos en el papel. Enseguida emprendimos la tarea de buscar un sendero que nos llevase á la ciudad, á través de los jardines. Mas hubimos de aprender lo impenetrable que es un seto de aloes. Pasa uno con la mirada entre las hojas, y cree que puede pasar también con el cuerpo; pero las fuertes espinas de los bordes son obstáculos sensibles. Si subimos sobre una hoja colosal esperando que podrá sostenernos, se rompe de repente, y en vez de encontrarnos en libertad, caemos en los brazos de otra planta vecina. Al fin logramos desenredarnos de tal laberinto; tomamos en la ciudad algún alimento, pero no pudimos decidirnos á dejar aquel sitio antes de ponerse el sol. Era hermosísimo observar cómo iba sumergiéndose poco á poco en las tinieblas aquella comarca tan notable en todos sus puntos.

Bajo Taormina, á orillas del mar.

Nunca podré alabar demasiado á Kniep, que me ha enviado mi buena fortuna, porque me alivia de un peso

que no podría llevar, y me devuelve á mi propio natural. Ha subido á pintar arriba, al pormenor, lo que vimos de pasada. Muchas veces tendrá que afilar sus lápices, y no sé cómo se arreglará. Hubiera podido volver á ver todo eso. Primero quise subir; luego, me dió más gusto quedarme aquí. Busco lo estrecho, como los pájaros que quieren construir su nido. Héme sentado sobre ramas de naranjo, en la mala y descuidada huerta de un paisano, sumergiéndome en mis fantasías. Ramas de naranjo donde se sienta un viajero; esto suena de manera algo extraña. Pero se encuentra natural al saber que el naranjo, abandonado á sí mismo, echa brotes encima de la raíz, que luego conviértense en ramas.

Y así me senté pensando en hacer del plan de Nausica un resumen dramático de la Odisea. No juzgaba la cosa imposible; sólo necesitaba ver clara la separación fundamental del drama y de la epopeya. Kniep, muy contento, ha bajado para traerme dos ernomes pliegos perfectamente dibujados. Los terminará para mí, como eterno recuerdo de este día espléndido.

No debe olvidarse que estábamos contemplando tan hermosa orilla bajo un cielo purísimo, desde un pequeño balcón, viendo rosas y oyendo ruiseñores que, según nos aseguran, cantan aquí seis meses seguidos.

De mis recuerdos.

La presencia y actividad de un habil artista y mis propios trabajos, aunque más débiles, me daban la seguridad de conservar, en bocetos y dibujos acabados, lo más interesante del país en general y de los detalles. Así, entreguéme de lleno á un deseo que, poco á poco, aumentaba, y no era otro sino vivificar, mediante figuras poéticas y nobles, aquel bellísimo conjunto que me rodeaba; la mar, las islas, los puertos, y formar en este lugar, y de él mismo, una composición, en sentido y tono diferentes á todas mis obras. La pureza del cielo, la brisa de la mar, el vapor que confunde en un mismo elemento la mar, las montañas y el cielo, todo ello alimentó mis proyectos, y mientras paseaba en aquel hermoso jardín público de Palermo, entre setos de laurel florido, bajo enramadas bóvedas de naranjos y limoneros con fruta, y entre otras flores y arbustos que me eran desconocidos, sentía el influjo extranjero de la manera más agradable.

Convencíme que era el mejor comentario de la Odisea esta viva Naturaleza que me rodeaba; procuréme un ejemplar y lo leí, á mi manera, con increible interés. Mas en breve me sentí impulsado á producir yo mismo una obra. Y tal idea, pareciendo al principio muy extraña, fué haciéndoseme más y más grata, hasta que, al fin me dominó enteramente; y no fué otra sino tratar como tragedia el asunto de Nausica.

No me es posible juzgar lo que haría de ello; pero pronto me conformé conmigo mismo respeto del plan. La idea principal era representar á Nausica, excelente doncella, muy solicitada, que no manifestaba ninguna inclinación, tratando hasta ahora de alejar á todos sus adoradores; mas conmovida por un singular joven extranjero, sale de su indiferencia, y compromètese, dando á conocer, imprudente, sus preferencias, lo que hace la situación completamente trágica. Realzarían tan sencilla fábula, motivos subalternos en cuanto á su riqueza, y en especial el carácter insular y marítimo que dominaría en la ejecución.

Comienza el primer acto con el juego de pelota; viene luego el conocimiento inesperado, y el escrúpulo de no llevar siquiera el extranjero á la ciudad, es ya indicio precursor de la inclinación.

El segundo acto representa la casa de Alcinous y el carácter de los pretendientes: termina con la entrada de Ulises.

El tercero dedícase entero á hacer resaltar el carácter del aventurero, y yo esperaba hacer algo artístico y grato de la narración dialogada de sus aventuras, que aprecian de muy diversa manera los diferentes espectadores. Durante el relato crecen las pasiones, y el vivo interés de Nausica hacia el extranjero se evidencia, al fin, en la acción y en la reacción.

En el cuarto acto Ulises prueba su valor fuera de la escena, mientras las mujeres se quedan y dan libre curso á la predilección, á la esperanza y á todos los

sentimientos delicados. En vista de las grandes ventajas que lleva el extranjero, se contiene Nausica todavía menos, y se compromete irrevocablemente con sus conciudadanos. Ulises, medio culpable, medio inocente de todo esto, debe, al fin, confesar sus intenciones de partir, y á la buena joven no le queda otra cosa que hacer sino buscar la muerte en el quinto acto.

No había nada en tal composición que no hubiese podido pintar del natural, según mi propia experiencia.

Viajero y corriendo el riesgo de despertar inclinaciones que, si bien no tendrían fin trágico, podrían ser dolorosas, peligrosas y nocivas. Encontrándome en el caso, á tan larga distancia de mi patria, de poder contar aventuras de viaje y sucesos de mi vida con vivos colores, de ser tenido por la juventud como semidios, por las personas reposadas como un charlatán. Obtener más de un favor inmerecido, sufrir más de un obstáculo inesperado: todo me aficionaba tanto á este plan, á este proyecto desde mi estancia en Palermo, que la mayor parte de mi viaje en Sicilia la pasé soñando con él. Así sentí muy poco todas las incomodidades, porque me encontraba sobre el nido clásico por excelencia, con disposiciones poéticas en las cuales todo lo que pasé, todo lo que ví, lo que observé y lo que me aconteció, todo lo recibí y lo conservé en mi alma con un sentimiento de complacencia.

Según mi costumbre, loable ó no loable, escribí poco, ó no escribí nada de ello; pero trabajé la mayor parte hasta en sus menores detalles en mi mente, donde, á

29392
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

pesar de todas las distracciones sucesivas, se quedó guardado hasta que ahora evoco un recuerdo pasajero.

Camino de Messina, martes, 8 de Mayo.

A la izquierda se ven altas rocas calizas, coloréanse y forman golfos muy bonitos; después sigue una suerte de piedra que podría llamarse esquisto arcilloso ó asperón gris. En los arroyos se encuentran ya cantos graníticos. Las manzanas amarillas de los solanos, las flores del laurel rosa, alegran el país. El río Niso trae esquisto micáceo, lo mismo que los otros riachuelos.

Asaltados por el viento del Este, navegamos entre la gruesa mar á la derecha, y las murallas de rocas que vimos antes de ayer desde arriba; este día se pasó en batalla con el mar. Atravesamos innumerables riachuelos, entre los cuales, uno más grande, *El Niso*, lleva el honroso título de río. Pero estas aguas, al igual de las piedras que arrastran, eran más fáciles de dominar que el mar fuertemente tormentoso que en muchos sitios rompía delante de nuestro camino hasta las peñas, cayendo de rechazo el agua sobre los viajeros. Era cosa soberbia que sucedía raras veces, y por verla soportábamos la incomodidad.

Al mismo tiempo, no podía dejar de hacer observaciones mineralógicas. Las enormes rocas calizas, al descomponerse, van deshaciéndose, y las partes blandas son arrastradas por el movimiento de las olas, persistiendo las fuertes, y así toda la playa está cubierta con piritas de colores de la naturaleza de la piedra córnea, de las cuales hemos recogido muchos ejemplares.

Llegamos á Messina, y no teniendo otra proporción, nos acomodamos la primera noche en el alojamiento del *vetturino*, para buscar al día siguiente uno mejor. Esta resolución nos dió, ya al entrar, la idea terrible de una ciudad devastada; pues anduvimos saltando de escombro en escombro un cuarto de hora, antes de llegar al mesón, que era lo único en todo este barrio reconstruído, y no presenta desde la ventana del piso superior sino un desierto herizado de ruinas. Fuera del circuito de esta cuadra, no había rastros ni de hombres ni de animales: era imponente el silencio de la noche. Las puertas no se cerraban con llaves ni con pestillos. Estaban tan poco preparados para recibir huéspedes humanos, como en otras partes para alojar caballos; y sin embargo, dormimos tranquilamente sobre un colchón que el servicial *vetturino* sacó á fuerza de discursos, de debajo del cuerpo del posadero.